

La HIJA CUBANA



Un secreto del pasado revelará su verdad



SORAYA LANE



ESPASA

SORAYA LANE

LA HIJA CUBANA

Traducción de Milo J. Krmpotić



Título original: *The Cuban Daughter*

© Soraya Lane, 2023

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-670-7331-7

Depósito legal: B. 4.278-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

LONDRES, EN LA ACTUALIDAD

Claudia tenía la música a todo volumen; con un pincel en la mano, estaba retocando el blanco del alféizar. Se había pasado los seis meses anteriores trabajando en el piso, insuflándole vida a aquel interior pasado de moda, y solo faltaban unos días para que la labor de renovación llegara a su fin.

Retrocedió un paso y miró a su alrededor para contemplar su creación; experimentó una sensación de nostalgia ante la idea de separarse de aquel lugar, pese a que en ningún momento había tenido la intención de quedárselo. «Esto es un negocio —se dijo a sí misma—. No hay que enamorarse de los proyectos. Esto no es un hogar.»

Se trataba del segundo apartamento de Chelsea que renovaba ese año y había disfrutado con cada segundo del encargo. El diseño, la pintura, la estilización..., aunque todo ello se encontraba muy alejado de su anterior trabajo, le proporcionaba un nivel de satisfacción que nunca había encontrado en su primera carrera.

La música se detuvo y se vio remplazada por el sonido de llamada del móvil. Claudia dejó el pincel y se limpió las manos en el mono antes de atender. Sabía que con toda probabilidad se trataría de uno de sus padres antes incluso de mirar la pantalla; las únicas personas que la llamaban en esos tiempos eran su familia y los vendedores telefónicos.

El identificador de llamadas le indicó que había acertado.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Muy bien. Estoy dando los últimos retoques de pintura, pero ya casi he acabado.

—Maravilloso, tenemos muchas ganas de verlo cuando vayamos la próxima vez.

Claudia era consciente de lo difícil que había sido aquella transición para su madre. Se había sentido tan orgullosa de su única hija cuando entró en la universidad para estudiar Económicas, y lo estuvo aún más cuando ella consiguió un muy buen trabajo en el mundo financiero, igual que su padre. Su hermano era abogado, algo que les provocaba idéntica felicidad, pero su madre nunca había ido a la universidad, no había hecho ninguna carrera, y Claudia tenía a menudo la sensación de que vivía de manera indirecta a través de su hija. O al menos así fue hasta que Claudia renunció a aquel puesto tan selecto y, en lugar de eso, comenzó a ganarse la vida renovando propiedades.

—¿Sigues sin haber problema si vengo a quedarme este fin de semana? —preguntó.

—¡Pues claro que no! Tenemos muchas ganas de verte, pero ese no es el motivo de mi llamada.

Claudia se quedó a la espera, comenzó a limpiar el pincel de forma automática mientras su madre proseguía.

—De hecho, me preguntaba si no podrías asistir a una reunión por mí este viernes.

—¿El viernes? Claro. ¿Para qué es esa reunión?

Su madre se aclaró la garganta.

—Mira, te sonará extraño, pero hace poco recibimos una carta dirigida a los herederos de la abuela y, aunque tu padre piensa que podría ser un engaño, yo creo que vale la pena ir, por lo menos para ver de qué se trata.

—Vale —dijo Claudia, que se dirigió hacia la cocina para prepararse un café mientras escuchaba a su madre. «¿Qué tipo de cita será para que mi padre no la haya aprobado?»

—Te mandaré la carta cuando colguemos, pero significaría mucho para mí que fueras. No me gustaría nada insultar a tu abuela al no hacer ese esfuerzo, por si acaso.

Claudia asintió con la cabeza. No le importó porque su madre rara vez le pedía favores, pero el hecho de que su padre pensara que podía tratarse de una estafa había hecho que se preocupara. Su instinto no solía fallar.

—Mamá, si quieres que vaya, iré. Tú mándame los datos.

—Gracias, cariño. Ya sabía que me dirías que sí.

Se quedaron charlando unos minutos más antes de despedirse, y, al poco de colgar, llegó el correo prometido. Claudia lo abrió y se apresuró a leer el mensaje.

A quien corresponda:

En relación con la herencia de Catherine Black, se solicita su presencia en las oficinas de Williamson, Clark & Duncan en Pad-

dington, Londres, el viernes 26 de agosto a las 9 de la mañana, para que se le haga entrega de un objeto que se ha legado a los herederos. Por favor, póngase en contacto con nuestro despacho para confirmar la recepción de esta carta.

Claudia relejó el mensaje perpleja. No le extrañaba que su padre pensara que podía ser un timo. Pero, si su madre quería que fuera a averiguar de qué se trataba, lo haría. El fallecimiento de su abuela había sido duro para todos, sobre todo porque era la mejor cocinera de la familia y siempre iban a comer a su casa los domingos al mediodía, una tradición que había ido apagándose hasta desaparecer con su fallecimiento, el año anterior. Quizá fuera demasiado pronto para que su madre se encargara de la herencia; quizá quedaban cosas de las que ocuparse, por más que su padre fuera en general muy puntilloso con los documentos y los cabos sueltos.

Claudia volvió a subir el volumen de la música y se puso a dar vueltas por el apartamento, pues no deseaba pensar en lo difícil que había sido ese último año. En pocos meses había perdido a su abuela y a su mejor amiga, y uno de los motivos por los que adoraba su nuevo trabajo era la ausencia de vínculos con el pasado.

Miró a su alrededor, se sonrió admirando el trabajo realizado. El interior se veía fantástico. Las paredes eran ahora de un color blanco suave, la cocina estaba casi acabada y, debajo de las sábanas protectoras, la madera del suelo mostraba una tonalidad perfecta. En cuanto le añadieran los muebles, tendría un aspecto espléndido.

Quizá había cambiado el traje por un mono, un peinado estiloso por el cabello recogido en un moño alborotado, pero la verdad era que nunca se había sentido tan

feliz. No podría haber permanecido en su anterior empleo, no después de lo que pasó, y ese trabajo hacía que se sintiera bien en vez de hacer que cada día se le retorciera todo por dentro.

«Ahora solo tengo que vender esta casa e intentar obtener un beneficio.»

2

Claudia condujo a la empleada de la agencia inmobiliaria por el apartamento, le mostró los azulejos recién puestos de los baños en suite y admiraron los muebles que acababan de colocar mientras regresaban a la cocina americana y a la sala de estar. Brillaba el sol y las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par; era uno de esos días en los que resultaba imposible no sentirse bien.

—Es deslumbrante, completamente deslumbrante —dijo la agente, pasando la mano sobre el banco de piedra de la cocina—. Estoy segura de que tardaremos muy poco en venderlo. ¿Cuándo quiere registrarlo?

—Tomaré una decisión esta semana —contestó Claudia, mirando el sofá de exterior e imaginándose de nuevo allí. Pero, si se quedaba, tendría que buscarse otra profesión; de ninguna manera podría permitirse otro proyecto si no vendía antes ese.

Volvió a mirar a la agente. Quizá no debería haberse quedado a vivir en la casa mientras la renovaba; de ese modo, no se habría sentido tan apegada a ella.

—Bueno, avíseme cuando sepa lo que quiere hacer.

Me consta que tendremos clientes dispuestos a venir a verla antes incluso de que la publicitemos.

A Claudia le vibró el móvil en el bolsillo, y lo sacó. «Reunión con el abogado.»

—Lo siento, pero acabo de ver que llego tarde a una reunión —dijo—. Me pondré en contacto con usted muy pronto. ¡Muchas gracias por venir!

Se apresuró a acompañar a la agente hasta la puerta y corrió hacia el dormitorio, donde comenzó a rebuscar entre su ropa. Cogió una chaqueta deportiva, que se puso por encima de la camiseta blanca. Encontró un par de vaqueros y unas zapatillas deportivas limpias y se las calzó. Cogió el bolso y salió disparada hacia la puerta mientras se miraba el reloj.

El metro de Sloane Square en dirección a Paddington pasaba cada diez minutos, lo cual quería decir que no tendría ningún problema en llegar a tiempo. De no ser así, su madre se habría puesto furiosa.

Claudia acabó llegando ante la fachada de cristal de las oficinas de Williamson, Clark & Duncan diez minutos antes de la hora y, tras hablar con la recepcionista, buscó una silla y recuperó el aliento. Odiaba llegar tarde, por lo que había recorrido a la carrera la distancia que había entre la estación de metro y ese lugar, aunque no habría sido necesario. Al sentarse se fijó en las demás personas que había en la sala de espera; para su sorpresa, eran casi todas mujeres de una edad parecida a la suya. Varias hojeaban alguna revista y unas pocas permanecían sentadas igual que ella, con el bolso en el regazo, inspeccionando la estancia.

No había tenido mucho tiempo para pensar en la reunión, pero, una vez allí, se sintió inclinada a coincidir con la opinión de su madre; sin duda, parecía algo legítimo. Aquella oficina había bastado para convencerla.

Antes de que pudiera pensar más en ello, la recepcionista, joven y amigable, se puso en pie al otro lado del mostrador y se dirigió a las presentes. Claudia se sorprendió al oír que recitaba un puñado de nombres femeninos además del suyo.

Algunas de las mujeres la miraron y Claudia se echó hacia atrás para dejar pasar a dos de ellas. Oyó que una comentaba algo sobre una herencia y aguzó el oído.

«Hum, ni siquiera había pensado en la posibilidad de una herencia.» Sería muy propio de su abuela asegurarse de que todos siguieran recibiendo sus cuidados.

La cháchara que la rodeaba se detuvo de golpe cuando entraron en una amplia sala de conferencias y las guiaron hasta sus asientos. Presidía la mesa un hombre bien vestido y a su izquierda había una mujer en la treintena, que parecía estar evaluando a todas las presentes con los ojos muy abiertos. Vestía de manera impecable, con una blusa de seda y unos pantalones negros de cintura alta; de hecho, hizo que Claudia se acordara de sí misma cuando aún trabajaba en el sector financiero. El mero hecho de verla llevó a que estuviera a punto de echar de menos su viejo vestuario.

Cogió el trozo de papel que le entregaron y se sentó, le echó un vistazo mientras el hombre comenzaba a hablar. No la sorprendió que reconociera lo extraño que resultaba que las hubiera convocado allí en grupo.

Paseó la mirada por la sala; sentía curiosidad por averiguar si alguna de aquellas mujeres sabía por qué se en-

contraban allí o si todas estaban como ella y no tenían ni la más ligera pista al respecto. Se recostó contra el respaldo del asiento mientras el abogado daba unos pasos al frente, se metía una mano en el bolsillo con gesto casual, sonreía y continuaba hablando:

—Me llamo John Williamson, y esta es mi clienta, Mia Jones. Fue ella quien tuvo la idea de reunir las a todas hoy aquí, ya que está siguiendo los deseos de su tía, Hope Berenson, a quien nuestro bufete también representó hace muchos años.

Claudia cogió el vaso de agua que tenía frente a ella y dio un sorbo, preguntándose quién demonios sería Hope Berenson.

—Mia, ¿quieres tomar el relevo y explicarte un poco más?

La mujer asintió con la cabeza y se puso en pie, y Claudia se echó hacia atrás para escucharla, consciente de que Mia parecía sentirse de repente muy incómoda, o quizá fuera simplemente que se ponía nerviosa al hablar en público.

—Como acabáis de saber, mi tía se llamaba Hope Berenson, y durante muchos años dirigió una residencia privada aquí, en Londres, llamada Hope's House, para madres solteras y sus bebés. Era muy conocida por su discreción, así como por su bondad, pese a la época —dijo Mia con una risita, y paseó una mirada nerviosa por la sala—. Estoy segura de que os estaréis preguntando por qué demonios os cuento todo esto, pero confiad en mí, muy pronto tendrá sentido.

«¿Hope's House?» ¿Qué relación podía existir entre su abuela y una casa para madres solteras? ¿Estaba insinuando que su abuela había tenido un hijo ilegítimo?

¿De eso se trataba todo aquello? ¿De ser así, su madre iba a quedarse muda de la sorpresa!

—Exactamente, ¿qué tiene que ver esa vieja casa con nosotras? —preguntó Claudia.

—Perdón, ¡debería haber comenzado por ahí! —dijo Mia con aspecto avergonzado mientras se alejaba de su silla y cruzaba la estancia—. Mi tía tenía allí un despacho de gran tamaño donde guardaba sus documentos y demás, y recordé lo mucho que le gustaba a mi madre la alfombra de aquella habitación. Así que decidí enrollarla y ver si podía usarla en algún sitio en vez de dejar que la tiraran, pero al hacerlo vi algo entre dos de los tablones del suelo. Y, porque soy como soy..., bueno, tuve que regresar con algo con lo que levantarlos para ver lo que había debajo.

Claudia sacudió la cabeza y volvió a recostarse en la silla. «Es increíble.» Pese a todo, seguía sin imaginar la relación que podía existir entre su abuela y todo aquello.

—Tras levantar el primer tablón vi dos cajas pequeñas y polvorientas, y cuando quité el segundo encontré más, todas alineadas y con etiquetas manuscritas a juego. No podía creer lo que había descubierto, pero en cuanto vi que cada cajita llevaba escrito un nombre supe que no me correspondía a mí abrirlas, por mucho que me muriera de ganas de averiguar lo que contenían. —Mia sonrió mientras levantaba la vista y la paseaba por cada una de las presentes antes de proseguir—: Hoy he traído esas cajas conmigo, para mostrároslas. No me puedo creer que mi curiosidad os haya reunido a todas.

Bajo la mirada de Claudia, que se echó hacia delante, ansiosa por ver mejor, Mia fue colocando con cuidado una caja tras otra sobre la mesa. En ese momento vio el

nombre de su abuela, escrito a mano en una etiqueta pegada a la cajita: Catherine Black. «¿Por qué aparece el nombre de mi abuela en una de esas cajas?», se preguntó. Mientras el abogado retomaba la palabra, Claudia no podía apartar los ojos de la etiqueta y se preguntó cuánto tiempo habrían pasado escondidas aquellas cajas.

Levantó la vista. Deseaba desesperadamente coger la caja y tirar del cordel para ver qué le habían dejado a su abuela, pero en cambio se quedó quieta, escuchando con atención al abogado, que acababa de retomar la palabra.

—Lo que no sabemos —dijo el hombre, que plantó las manos sobre la mesa mientras se levantaba con lentitud de la silla— es si hubo otras cajas que sí se entregaron con el paso de los años. O si Hope decidió quedarse estas siete por algún motivo, o si no las reclamaron.

—En tal caso, habré revelado algo que debía permanecer enterrado —apostilló Mia.

Una de las mujeres se puso en pie, pero Claudia no prestó atención a lo que decía, apenas se dio cuenta de que abandonaba la habitación. «Mi abuela fue adoptada y yo ni siquiera me había enterado. ¿Llegaría ella a saberlo?» Sin duda, de haber sido así, se lo habría contado a su hija, quien a su vez se lo habría contado a Claudia. Aunque quizá se tratara de uno de esos secretos familiares sobre los que simplemente no se hablaba.

Claudia firmó los documentos que el abogado puso ante ella y se lanzó ansiosa a por la caja, que estaba hecha de madera. La rodeaba un cordel tenso y tenía una etiqueta que identificaba con claridad a su destinataria. Claudia volvió a reseguir con la mirada, poco a poco, el nombre de su abuela, aquellas letras entrelazadas con una caligrafía perfecta. Era evidente que todas las cajas

las había etiquetado la misma persona. «Hope.» Aquella mujer llamada Hope debía de haberlo hecho cuando nació su abuela.

—Gracias —le dijo a Mia mientras se colgaba el bolso del hombro, sujetando la caja con fuerza—. Has realizado un gran esfuerzo para entregar estas cajas a sus dueñas legítimas.

—De nada —contestó Mia, que le tocó el brazo mientras le dirigía una sonrisa cálida—. Gracias por haber venido a reclamarla.

Camino de la puerta, Claudia reparó en que sobre la mesa quedaba una caja sin dueña. Movidada por la curiosidad, se apresuró a salir a la luz del día y decidió buscar la cafetería más cercana. De ninguna manera pensaba esperar hasta llegar a casa para tirar del cordel y descubrir las pistas que la esperaban en aquella cajita.